

**Alberto Blest Gana**

**Un día de campo**

**y**

**La venganza**



© 2000 Programa de Informática  
El Autor de la Semana

Selección, diagramación, gráficos: Oscar E. Aguilera F.

El Autor de la Semana © 1996-2000 Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile  
Selección y Edición de Textos: Oscar E. Aguilera F. (oaguiler@uchile.cl)

Se prohíbe la reproducción comercial de los textos presentados en la serie “El Autor de la Semana”. Se autoriza la difusión a través de Internet de estos documentos, en otros sitios aparte de la Universidad de Chile, sólo con fines educativos y de difusión de la literatura, siempre que se indique la fuente, los detentores de los derechos, traducciones y cualquier otra información indicada en estas páginas. La indicación de la fuente debe realizarse además con un link al sitio original y debe comunicarse al responsable de este sitio, Prof. Oscar E. Aguilera F. oaguiler@uchile.cl

## El autor de la semana

---



**Alberto Blest Gana**

(1830-1920)

Novelista chileno nacido en Santiago y muerto en París, considerado como el creador de la novela chilena.

Fue intendente de Colchagua (1864), diputado, ministro de Chile en Francia (1868-1887). Como escritor, aunque inicialmente cultivó el verso y publicó artículos de costumbres en diversas revistas, tiene el principal mérito de haber sido el fundador de la novela en Chile, con obras en que se combinan rasgos románticos y realistas: *Martín Rivas* (1862), sobre el ascenso social de un joven de clase media; *Durante la Reconquista* (1897), novela histórica del periodo 1814-1817; *El loco Estero* (1909), con gratas reminiscencias de la infancia. Su habilidad para retratar personajes y describir costumbres vale más que su estilo, a veces insuficientemente cuidado y propenso a galicismos. Dejó también una comedia: *El jefe de familia* (1858). Su novela *Los trasplantados* (1904), en la que cuenta las vicisitudes de los emigrados latinoamericanos en París, se considera un antecedente claro de *Rayuela* de Julio Cortázar.

Alberto Blest Gana

## UN DÍA DE CAMPO

### I

En el interior de una casa de la calle Ahumada, un joven se hallaba en una pieza pequeña, sentado delante de un escritorio. Después de arrojar el resto de un cigarro que humeaba entre sus dedos, tomó la pluma y se puso a escribir lo siguiente:

"Querido Pablo:

"Al fin vamos a vernos, después de tan larga separación. Con esta idea vienen en tropel a mi memoria los alegres juegos de nuestra niñez y los amores fugaces de colegio: vuelvo a estar contigo, en una palabra, y recorro una a una las horas felices de nuestra fraternal amistad.

"A todo esto se me olvidaba decirte el objeto de mi viaje, que te comunicaré en dos palabras: voy, encargado por mi padre, a entregar la hacienda al nuevo arrendatario, y como no me acomodaría vivir solo en ese viejo caserón donde he pasado mi niñez, voy a pedirles a Uds. hospitalidad por algunos días.

"Da un abrazo en mi nombre a la buena tía, otro al selvático Antonio y tú, mi querido Pablo, recibe uno muy cordial de tu amante primo.

Emilio".

Esta carta llevaba la fecha del 23 de octubre de 1834.

El joven que acababa de escribirla salió al patio después de cerrarla y la entregó a un hombre que esperaba al lado de un caballo ensillado con el avío clásico de los campos.

### II

Tres días después, el hombre que había recibido la carta se bajaba delante de una casa de campo de pobre apariencia, situada en la provincia de Colchagua.

Después de acomodar las riendas de su cabalgadura con ese cuidado por sus arreos de viaje que distingue a nuestros huasos, el viajero penetró en una pieza en la que se veían tres personas: una mujer que parecía rayar en los cincuenta años, y dos jóvenes, entre los cuales habría sido muy difícil conocer una diferencia en la edad; pues ambos aparentaban tener de veinticinco a veintiséis años cuando más.

En la figura de la mujer no resaltaba nada de notable. Cierta melancolía de la mirada, cierto tinte de tristeza que reinaba en su persona, eran indicios que sólo a un observador muy avisado y perspicaz habrían servido para adivinar los pesares que amargaban aquella vida oscura, dejando apenas un rastro en el semblante como tan a menudo acontece. El dolor es un huésped sombrío que las más veces gusta de aposentarse en el alma, sin revelar al exterior su devastadora existencia.

Entre los dos jóvenes sentados junto a la señora se veían notables y muy marcadas diferencias.

El uno, bien que vestido con el desaliño natural a la vida del campo, revelaba en su porte, en la elegancia y finura de sus movimientos, al hombre que en medio de las sociedades y por una educación esmerada, ha recibido la gracia que sabe conquistarse irresistiblemente las simpatías de todos. Veíase además en sus cabellos negros desarreglados con arte, en sus ojos embellecidos por una expresión indefinible de dulzura, en las formas de su cuerpo delgado y vigoroso, cierta elegancia natural, que decía bien claro que aquel joven no había vivido siempre entregado a las duras fatigas de las tareas campestres.

El otro formaba en toda su persona un singular contraste con aquél. Sus miradas revelaban la indomable fuerza de voluntad que jamás retrocede: los labios abultados, la espesa barba desgredada y áspera, las pobladas cejas, habitualmente contraídas, quitábanle la gracia, natural de la juventud, imprimiéndole el sello que las pasiones fuertes hacen, casi siempre, contraer a los músculos del rostro.

Cualquiera que hubiese tenido que dirigirse por casualidad a uno de estos dos jóvenes, habría elegido maquinalmente al primero.

A la entrada del viajero, las tres personas volvieron la vista hacia la puerta. El huaso avanzó en las puntas de los pies, haciendo que el ruido de sus espuelas se apagara por medio de esa precaución, y tomando su sombrero con una mano, pasó con la otra la carta a la señora, mientras que con la que sostenía el sombrero llevaba hacia

atrás un indómito cadejo de pelo, que cayó sobre su frente apenas le faltó el apoyo que lo sostenía.

—Señor don Pablo Reina, —leyó la señora en el sobre, pasando la carta al primero de los jóvenes que describimos.

Este tomó la carta y, abriéndola, echó la vista sobre la firma.

—¡Ay, madre —exclamó lleno de alegría—, es de Emilio!

—¿A ver qué dice? —exclamó la señora, en cuyo semblante brilló también un rayo de contento.

—Mañana estará aquí, viene a entregar la hacienda —exclamó Pablo, levantándose radiante de felicidad—. Le manda un abrazo, madre, —añadió—, y otro a ti, Antonio.

—¡Cuanto me alegro! —dijo la señora.

Antonio pareció hacer un esfuerzo para dibujar en sus labios una sonrisa, encendió un cigarro y salió sin decir una palabra.

### III

Los dos jóvenes, Antonio y Pablo Reina, componían con la señora, a quien este último dió el nombre de madre, la pequeña familia que habitaba la casa de campo, a la que hemos introducido al lector.

El padre de estos jóvenes, muerto cuando el mayor de ellos contaba apenas diecinueve años, había legado por toda fortuna a su familia una hijuela de trescientas cuabras en el departamento de San Fernando. En aquellos tiempos, esa extensión de terreno estaba muy lejos de tener el valor que en el día han alcanzado los fundos rústicos, con el progresivo aumento de la riqueza del país. Así es que la familia de don Pedro Reina, el padre de los jóvenes, quedó a su muerte reducida a un estado de pobreza vecino de la indigencia.

Hasta entonces doña Manuela Esteros la madre de los jóvenes, y Antonio, el mayor de ellos, habían acompañado a don Pedro en sus trabajos de agricultura, mientras que Pablo estudiaba en calidad de externo en el Instituto de Santiago y vivía en casa

de los padres de Emilio Reina, su primo hermano. De manera que Pablo, el hijo mimado, participaba de la ventajosa posición de su tío, mientras que Antonio se vió desde la niñez reducido a los duros trabajos de una vida expuesta a las inclemencias del tiempo. Esta desigualdad establecida por los padres en la condición material y moral de los dos hermanos, desigualdad muy común en la existencia de las familias, había arrojado desde temprano entre los dos jóvenes el germen de un odio sombrío, que, andando el tiempo, habría de producir fatales e irremediables resultados.

Los rencores desarrollados a la sombra del hogar doméstico son la base de mil dramas íntimos ignorados por el mundo, pero que refluyen sin duda contra el bienestar de la sociedad en general.

Antonio veía llegar a su hermano todos los años en la época de las vacaciones, vestido con la elegancia del joven santiaguino que ya pasea en la Alameda y gusta pasar en los días festivos por las puertas de calle, donde las niñas que aspiran a ser grandes, establecen con los que pasan un fuego de ojeadas, que no pocas veces acaba por rendir a ambos combatientes. Además, Pablo era festejado por los padres con aquella ternura que resuena dolorosamente en el corazón de los hijos abandonados, y mientras él los extasiaba con el franco y afable cariño del hijo preferido, Antonio sentía aumentarse en su pecho la honda y constante melancolía que infunde la conciencia y acaso la previsión de un porvenir sin amor y sin alegría.

A la muerte de don Pedro, Antonio sintió que la naturaleza, privándose del cariño de sus padres, le había revestido de la suprema autoridad en la familia. Su voluntad, hasta entonces reprimida por el respeto a su padre, se armó de la dureza que le era propia y resolvió hacer triunfar sus deseos, ya que su cariño había sido injustamente desdeñado.

Un día, cuando el dolor había calmado en su madre la fuerza de sus primeros ataques, Antonio entró en su cuarto y comenzó a pasearse con el aire concentrado de un hombre a quien preocupa una idea única, haciéndole indiferente a todo lo que pasa en derredor suyo.

Doña Manuela notó al instante la preocupación de su hijo y pareció adivinar la idea que se agitaba en su mente.

—Me he ocupado ayer todo el día, —dijo el joven continuando sus paseos—, de arreglar las cuentas de mi padre, y vengo a decirle que, lejos de poseer algo, nos hallamos debiendo seis mil pesos.

Doña Manuela bajó la vista sin contestar una palabra, y Antonio, después de esperar una respuesta, continuó:

—Creo que ha llegado ya el momento de reducir nuestros gastos en cuanto sea posible, para cubrir esa deuda.

—Me parece, —se aventuró a decir la señora—, que no se puede vivir más económicamente que lo que hasta ahora lo hemos hecho.

—Bien lo sé —replicó Antonio—; pero no basta la economía de la casa, es preciso suprimir todos los gastos superfluos y que mi padre, contando con más larga vida, creía hallarse en posición de hacer.

—¿Qué gastos? —preguntó doña Manuela.

—Los que origina la educación de Pablo, —dijo resueltamente el joven, atacando de lleno la cuestión—. Me parece que Ud. encontrará muy justo que él venga también a contribuir con su trabajo, en vez de estar gastando lo que no tenemos. Píenselo Ud. bien, —añadió sin esperar una respuesta—; mañana voy a enviar un mozo con caballos a Santiago para que pueda venirse y creo que Ud. debe escribirle también como yo lo hago, manifestándole la necesidad de esta medida.

Tras estas palabras, Antonio salió del cuarto de su madre, dejándola entregada a su dolor y a sus lágrimas.

Doña Manuela pasó toda la noche de aquel día entregada al más intenso sentimiento. Cortar la educación de Pablo, sobre quien se hallaban cifradas sus únicas esperanzas, era para ella una resolución casi superior a sus fuerzas; pero al propio tiempo conocía la indomable voluntad de su hijo mayor y, bien que un tanto cegada con su preferencia por el otro, sentía en el fondo de su conciencia la amarga justicia de las pocas observaciones que acababa de hacerle.

Al día siguiente, como Antonio lo había anunciado, un inquilino de la hacienda salió para Santiago llevando cartas para Pablo y caballos para hacer el viaje.

Ocho días después, la madre se encontraba con sus dos hijos en su pequeña hijuela y Pablo, abandonando los hábitos de la vida estudiosa y sedentaria que hasta



entonces había llevado, se entregaba, con el ardor de la juventud, a los trabajos que representaban su único porvenir.

#### IV

Desde entonces se estableció entre los dos hermanos una serie continua de parciales desavenencias, que debía convertir en abismos profundo la distancia que desde la niñez los separaba. Esas dos opuestas naturalezas, entregadas al choque incesante de la vida de familia, fueron encontrándose poco a poco por todos los puntos salientes de su carácter, haciendo estallar el rencor por una parte y la impaciencia por otra, por los gustos y por las antipatías y depositando en el alma de cada uno cierta hiel, que, desarrollada en la estrecha esfera de una vida monótona, cobraría al fin proporciones increíbles.

Doña Manuela siguió la marcha del odio que animaba a los dos hermanos, con el sentimientos y previsión profundo de la madre, sin poder jamás desprenderse de su preferencia por el menor; de aquí la imperceptible melancolía de su rostro, en el que los tintes sombríos de su intenso pesar se hallaban templados por la tranquilidad de una existencia oscura y entregada a la práctica constante de virtud.

Esta vida, con sus rencores y su melancolía continuos, duraba ya cerca de ocho años. Los cabellos de la madre habían encanecidos en ese tiempo y los dos niños se hallaban transformados en los hombres cuya descripción ligera dejamos hecha.

Tal era el estado de la pequeña familia olvidada en un rincón de una lejana hacienda, cuando llegó a la casa Emilio Reina, el joven que dirigió a Pablo la carta con que dimos principio a nuestra narración.

#### V

Corría, como dijimos, uno de los últimos meses del año de 1834.

Emilio fué recibido con la cordialidad digna de aquellos tiempos de hospitalaria memoria, tiempos en que la civilización no había establecido aún esa política reserva que, aún entre miembros de la misma familia, se va haciendo común en nuestros días de progreso.

Pero la acogida de cada uno de los hermanos se resintió naturalmente del carácter y sentimientos que les distinguían: Pablo se arrojó en los brazos de su primo con el

placer del que estrecha en un abrazo al hermano largo tiempo ausente, y Antonio se limitó a pasarle su mano, pero con una sonrisa que revelaba que en su alma la amistad era todavía una creencia.

Tras esto siguiéronse las sabrosas conversaciones de los recuerdos, campo en que el alma del hombre se explaya siempre con placer, como si conociendo la avaricia de la suerte, quisiese contar siempre los goces pasados, para ponerlos en lugar de los que pudiera desvanecer el porvenir.

Dadas las once de la noche, hora avanzadísima en los campos y en aquellos tiempos sobre todo, Pablo condujo a Emilio a su propio cuarto, en donde le había hecho preparar una cama.

—Sabes —dijo Emilio—, que me da pena verte así en el campo, abandonando tus antiguas esperanzas.

Pablo dió un suspiro.

Cierto que al principio he sufrido mucho —contestó— pero te aseguro que si ahora no soy enteramente feliz, no me encuentro, a lo menos, desgraciado.

—No importa; la conformidad es una virtud, pero no constituye la dicha: tú has nacido para otra vida más intelectual que ésta, vente conmigo a Santiago.

—Imposible.

—Imposible, ¿por qué? No me obligues a decirte que no tendrías que pensar en gastos.

—Gracias, pero es imposible, a lo menos por ahora.

—No te comprendo, ¿quién te lo impide?

—Te haré francamente una confesión: estoy enamorado.

—¡Aquí!, ¿de quién? ¿De alguna huasa?

—¿Tú no recuerdas la familia de la hacienda vecina?

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

